LA ORILLA DONDE TIEMBLO

Tom Maver

UN PEDAZO DE VIDA

Aviso

Nunca fui una persona que soñara mucho. O que recordara algo más nítido que una bruma despareja. Ahora, sí. Ahora, tengo muchos sueños que los recuerdo con detalle. En cierto momento empecé a anotarlos y esa actividad la sostuve por algunos años hasta que perdieron variedad, sorpresa, imaginación. Y quedaron los sueños obsesivos, que volvían con lo mismo, con lo de siempre, una y otra vez. Como si su función fuera recordarme que era una ilusión que el tiempo avanzara de izquierda a derecha, de cero a cien en línea recta, en una especie de progreso pulcro. El día se me volvía entonces barroso, un remolino de luz turbia que me aspiraba hasta borrarme y lo que dejaba era una borra de café que no decía nada. La noche negaba el día, riéndose en mi oído.

Dos sueños me quedaron, bastante parecidos.

En el primero mi padre tiene una panza enorme. Se la acaricio con lentitud y ternura. Es levemente lascivo el movimiento de mi mano hasta que palpo algo extraño, un bulto que se mueve adentro, como si pateara. Me voy hacia atrás, con terror.

—Ahí está tu hermanito —me dice—. Hablale.

Por algún motivo, lo que me dice me tranquiliza. Acerco la cara a su panza para ver mejor y me pongo a cantarle un tango.

—¿Cuándo nos vamos a conocer? —pregunto.

—Después, más adelante.

Entonces, una mano muy pequeña levanta la remera de mi padre y ahí está mi hermano. Es muy chiquito. De unos meses apenas. Me sonríe y canta:

«Después, qué importa del después / Toda mi vida es el ayer...».

Me río de lo rasposa que es su voz y de lo mucho que se parece a la del Polaco Goyeneche. Hace silencio y con un gesto me indica que siga. Canto:

«Que me detiene en el pasado / Eterna y vieja juventud...».

Y mi padre cierra:

«Que me ha dejado acobardado / Como un pájaro sin luz...».

Cada vez que tengo este sueño, el resto del día suena «Naranjo en flor» en la cabeza. Fue la última canción que escuchó mi padre, la semana anterior a que entrara en coma. Me lo pidió cuando estábamos en el hospital. La puse en un aparatito que había llevado. Cantamos a dúo: «Era más blanda que el agua / Que el agua blanda», pero para la parte de «Primero hay que saber sufrir» ya se había dormido.

En el otro sueño, mi padre está recostado en la cama del hospital, inmóvil. Yo me acerco, bisturí en mano. Tiene la panza hinchada, no como cuando efectivamente murió, que había perdido mucho peso. Antes de hacer la incisión, la acaricio y apoyo el cachete para sentir la tibieza que queda. Hago el corte y empiezo a abrir a mi padre, que se ríe por las cosquillas. Abro el esternón, separo las costillas y recién entonces mi hermano asoma la cabeza. Él también se ríe. Estira los brazos invitándome. Vení, dice. Y yo meto una pierna en la barriga, luego la otra, me acuclillo, con las rodillas me hago más lugar y me recuesto al lado de mi hermano. Luego mi padre junta sus costillas con fuerza, la piel separada, se arrolla, se cose, se

acuesta en una parrilla, hace un fuego, se asa, se gira, se sala, se gira, se asa. Se lleva a la boca, prueba, se chupa los dedos. Sonríe, satisfecho. Luego se mastica, hunde sus dientes, se come hasta el hueso.

Cuando despierto de este, no hay música.

Un poco demasiado tarde

Pasaron diez años de su muerte y sigo volviendo a ella como si se tratara de un pueblo abandonado. Hay un tipo de desierto que es cuando uno llega a los lugares demasiado tarde.

Estoy embrujado por sus efectos, que trajeron una sudestada y un movimiento sísmico que removió el edificio y a toda la familia, y ahora tiemblo y me sonrío al recordarlo.

Los muertos afectan los espacios, los trauman. Por eso los fantasmas y las casas van siempre juntos. Porque suelen ser la misma cosa. Pero no solo cambian el lugar donde vivieron, también cambian el barrio, las estrellas el pasado. Y el río. El gran río sobre cuyas orillas vivimos, también quedó afectado por su muerte y sumó más fantasmas a los que ya tenía.

A esta orilla es a donde vengo con la sensación de que se debería escribir sobre lo que uno sabe. Pero no hay porteño que sepa del Río de la Plata.

Y no hay hijo que sepa de su padre.

Dos gotas

Éramos dos gotas de agua. Un agua empetrolada y otra cristalina. Una gota de fernet y otra de gin. Yo un negrito con cara de árabe y él un elegante *sir* de galera y bastón. En su casa siempre se habló en inglés, pero a mí me habla en castellano. Le digo «Daddy» y él, a veces, me dice «pendejo».

A los catorce empecé a leer y podría decirse que el mundo me llegó por los libros. Me convertí en dos ojos. Dos gotas. Él tenía sesenta y cuatro y era dos orificios nasales dedicados a oler los cítricos de Concordia. Naranjas, mandarinas, limones. No sé qué olía cuando acercaba su nariz a donde estaba su hijo leyendo sobre las plantaciones del Litoral para saber qué hacía su padre, a dónde se iba cada dos semanas.

En 1950, cuando tenía dieciséis, quería tener un grupo de tango y folclore, recorrer el país en moto con un cuaderno para escribir canciones. Era soñador y sus padres, antiperonistas. A los diecinueve trabajó en Coca-Cola, a los veintidós pasó a Crush. Se casó, tuvo un hijo, agotó su cuota de dolor y se separó. Empezó a trabajar en las citrícolas del litoral, se iba a Corrientes y Entre Ríos, vivía un tiempo allá, otro acá. Aprendió a no estar demasiado en ningún sitio, a cruzar tierras y olvidar. En Corrientes aprendió dos cosas importantes: algunas palabras en guaraní. Y a tomar. No sé mucho más sobre mi padre. Quizá no haya mucho más.

A los cincuenta años me tuvo a mí con su segunda mujer. Nací en el mes de diciembre. Los dos éramos de Sagitario.

El pasado y el presente son dos gotas, pero de qué, no sé.

Cuando era chico pensaba que Douglas, el nombre de mi padre y mío, podía ser el de un pueblo remoto y olvidado del país, donde el sol rajaría la tierra y tendría un puñado de habitantes hoscos.

Ahora que pasaron seis años de su muerte, ahora que la familia está quebrada y que el tiempo se volvió algo confuso, pienso que Douglas es el nombre del ancho río que nos separa, un lugar donde nadie podría poner una casa sin temer su crecida.

Douglas, un pueblo abandonado.

Douglas, una Atlantis olvidada en las profundidades del río.

Dos gotas de agua que no se parecen.

Nuestra tribu

Las culturas antiguas se preguntaron cómo conservar a sus muertos, cómo seguir esa charla. Hace más de ocho mil años, en Jericó, ya intentaban conservar la cara de los difuntos con máscaras de yeso y arcilla. La tribu Yanomamö, en el Amazonas, quema los restos del cuerpo, guardan las cenizas por un año y luego las consumen en una sopa. Y en Madagascar, el grupo étnico Malgache, saca a los muertos de sus tumbas cada siete años, los enrollan en sudarios y los llevan a danzar. Después los vuelven a enterrar por otros siete años.

Nosotros lo enterramos en 2015 y todos nos quedamos más tranquilos. Creíamos que era mejor morir en los hospitales y que otros se encargaran. Alguien que no era ninguno de nosotros lo iba a vestir de etiqueta y llevar al cementerio. No tocamos las palas, no queríamos ver esos ojos fijos, esa mandíbula trabada. Cerramos herméticamente el ataúd. Firmamos papeles y nos dijimos:

—Él no está más ahí.

Pero sí estaba y se movía.

De hecho, yo pagué en la funeraria para que lo pusieran boca abajo y pudiera abrazar la almohada.

En este tiempo, los años fueron y vinieron y yo no me moví de lugar, del edificio donde viví toda mi vida. Me quedé en el mismo barrio, donde ahora trabajo en una secundaria dando clases. Doce años de una obsesión con las calles que son las de mi infancia, donde crecí, con el edificio donde vivió

mi padre el último período. No sé cuántos años de darle vueltas a la misma cosa, a la misma casa.

Leí que en el Chaco profundo, cuando la gente se ve forzada a dejar su hogar, desentierra a sus muertos, los pone en mochilas y se los lleva consigo. Dejarlos solos sería locura.

El movimiento ayuda a fijar la memoria. Gracias a esos cambios, la mente puede ordenar el pasado al mirar atrás. Pero yo nunca me moví gran cosa. Por eso dudo de mis recuerdos. La palabra «años» trae consigo pocas cosas claras. Y las que sí lo son, me hacen sospechar. Por ejemplo, me viene a la cabeza una escena con mi padre, y no lo reconozco. Me viene otra, y tampoco. Así paso de una escena a otra, de un padre a otro.

Su muerte es como un río que sigue pasando. Una orilla a donde me acerco y pongo mi asentamiento, bebo de su agua, me baño y lloro en su cauce.

PRIMERA PARTE

Mejor muertas

Hay historias que se hacen las muertas.

Todo el mundo las conoce pero nadie dice nada. Siguen con la farsa.

Podría pasar que alguien preguntara por eso que pasó hace unos años, que mencione cierto nombre y algunos se incomoden y otros no sepan qué hacer, pero no se moverían. Las historias de las que hablo se quedarían quietitas y esperarían que la cosa no pase a mayores.

Cada familia tiene una de estas.

Cuando mi padre llegaba tarde del trabajo yo a veces me escondía y otras me metía en la cama y me hacía el dormido. Y por más que me dijera: «Dale, levantate, ya sé que no estás durmiendo», yo bajaba los párpados con más fuerza.

Ahora, en estos últimos días, me asomo a su habitación y lo encuentro durmiendo. Apenas entro abre los ojos como puede, todavía dormido, se da vuelta y nos miramos. Debería estar prohibido ver a las personas despertar.

No me reconoce. Yo le digo que se deje de joder y se despabile.

Abro la ventana porque hay ese olor que deja su aliento. Me pregunto cuánto habrá tomado anoche.

—¿Brian? —dice él.

—¿Qué decís, Da?

—Brian. ¿Dónde está Brian?

Entonces, alguna parte del pasado remoto, una zona permeable a la voz de mi padre, se agrieta y una de esas historias se mueve, deja de hacerse la dormida y levanta la cabeza.

—Rápido, llamala a Lydia, que se fije.

Voy a la cocina y le cuento a mi madre lo que acaba de pasar.

—Y dijo algo sobre un tal Brian.

Mi madre se pone incómoda, friega la mesada, seca los platos y guarda los vasos. Prefiere no acercarse al cuarto. Me explica que Daddy está muy cansado todo el tiempo, que cuando logre dormir de un tirón una noche, va a estar bien, seguro.

Oímos un ruido que viene de su cuarto, salgo corriendo y al entrar, encuentro la mesa de luz volcada, las cajas y blísters de medicamentos por el piso. Está queriendo subirse solo a la silla de ruedas, agitado, todavía con medio cuerpo en la cama. Me pide que lo ayude, que tiene que ir a ver a Lydia, que tenemos que ir, rápido, a lo de Lydia, hay que sacarla de ahí, dice que va a estar en la ventana fumando un cigarrillo mirando los árboles de la calle Melián, en la residencia, hay que decirle que baje, que no hay tiempo, que Brian.

Pero Lydia está muerta y mi madre me va a contar más tarde en un susurro que Brian fue el primer hijo de mi padre y murió al año de haber nacido.

—¿Tengo un hermano, tuve un hermano?

Para calmarlo le digo que ya mismo voy a buscarla y que se quede tranquilo en la cama. Yo me encargo.

Daddy pide llorando por su hijo y pregunta por su ex mujer.

Hay historias que es mejor que se hagan las muertas.

Su risa

No creo que sea lo mejor que esta historia empiece de noche. Pero lo hace. Por capas. Por esos sonidos que llegan por capas, saltando las persianas bajas, las ventanas cerradas y las cortinas corridas. El sonido de la lluvia me llega de igual manera y el volumen sigue creciendo, las gotas golpean más fuerte cada vez y estallan por todas partes.

El oído es lo primero que despierta.

Con la boca seca oigo la tormenta. El corazón acelerado es un huevo dentro del cuerpo, algo duro y ovalado que late, que puede quebrarse al hacer presión en el pecho como ahora. Las sudestadas me asustan desde que soy chico.

Los ojos están fijos, como si fuera posible atravesar el techo, ver dos pisos más arriba, donde está mi padre, también despierto.

Si ajusto el oído, si separo las capas de ruidos que llegan de lejos, además de la lluvia, del viento, de los árboles agitados, de las alarmas de los autos que se activan, de los arroyos caudalosos en que se van convirtiendo las calles, también puedo oír, si me concentro, dos pisos más arriba, su risa.

Acá, dos pisos más abajo, quieto en la cama, sé cómo suena la muerte de mi padre.

Legitimidad

Durante casi veinte años, este edificio reunió tres generaciones.

A fines de los setenta, mi padre y otros socios juntaron dinero para construirlo. Consiguieron un terreno en el Bajo Belgrano, a pocas cuadras de la estación Núñez. Un lugar de casas bajas, casi sin edificaciones de más de dos pisos, donde se oía el tren cada vez que pasaba.

Cuando se terminó la construcción, mis padres compraron un departamento en el último piso, el octavo, y ayudaron a mis abuelos, los padres de mi padre, a comprar uno en el sexto. Yo nací dos años después de que estuvieran instalados.

Veinte años vivimos mis abuelos, mis padres y yo en el mismo edificio, a dos pisos de distancia. Casi se diría, encimados.

Cuando mis abuelos fallecieron, me fui a vivir a su departamento del sexto. Desde entonces vivo ahí. Se ven los barcos en el río, de madrugada se puede oír pasar el tren. Aeroparque queda a menos de quince minutos en auto y se siente con claridad el despegue de los aviones. No sé en qué pensarían mis abuelos inmigrantes de ese movimiento incesante por cielo, tierra y agua.

Pero yo nunca dejé este edificio. A esas plataformas y medios de transporte que podrían llevarme a una vida desarraigada, como la de mis ancestros, las miro de lejos.

Nunca me alejé de esta orilla. No sueño con viajes, ni con andenes llenos de gente despidiéndose. Mi única mudanza consistió en bajar dos pisos. Lo hice con cuidado, agarrándo-

me bien de la baranda y pisando cada escalón con conciencia. Y ahora los subo cada día para cuidar a mi padre.

Igual a los museos donde debajo de los cuadros famosos hay un libro inmenso donde están asentados con prolijidad los varios dueños, quién se lo compró a quién, cómo fueron las complicadas herencias y apropiaciones, remontándose en el tiempo hasta llegar al autor del mismo, así yo vengo a darle autenticidad y un linaje de sombras al lugar donde vivo.